

CAP 4

TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Una perspectiva pentecostal

Editado por
Stanley M. Horton

EDICIÓN AMPLIADA

 Editorial Vida

Capítulo 4

El Dios único y verdadero

Russell E. Joyner

Muchas teologías sistemáticas del pasado han logrado clasificar los atributos morales de Dios y la naturaleza de su ser. Sin embargo, Dios no se reveló a sí mismo en toda la diversidad de sus manifestaciones bíblicas sólo para darnos conocimientos teóricos acerca de sí mismo. En lugar de esto, hallamos que la revelación que hace de sí va unida al reto personal, a la confrontación y a la oportunidad de responder. Esto es evidente cuando el Señor tiene un encuentro con Adán, Abraham, Jacob, Moisés, Isaías, María, Pedro, Natanael y Marta.

Junto a estos testigos y muchos otros (véase [Hebreos 12:1](#)), podemos testificar que estudiamos para conocerlo a Él, y no solamente para saber cosas sobre Él.

“Cantad alegres a Dios, habitantes de toda la tierra. Servid a Jehová con alegría; venid ante su presencia con regocijo. Reconoced que Jehová es Dios” (Salmo 100:1–3a). Cuanto pasaje de las Escrituras examinemos, lo debemos estudiar con un corazón inclinado a la adoración, el servicio y la obediencia.

Nuestra comprensión de Dios no se debe basar en presuposiciones acerca de Él, o en cómo queremos nosotros que Él sea. En lugar de esto, debemos creer en el Dios que es, y que ha decidido revelársenos en las Escrituras. Los seres humanos tenemos la tendencia de crear dioses ficticios en los que es fácil creer; dioses que se ajustan a nuestro propio estilo de vida y a nuestra naturaleza pecaminosa ([Romanos 1:21–25](#)). Ésta es una de las características de las religiones falsas. Hasta hay cristianos que caen en la trampa de ignorar la autorrevelación de Dios y comienzan a desarrollar un concepto de Él que está más en sintonía con sus caprichos personales, que con la Biblia. La Biblia es nuestra verdadera fuente. Es ella la que nos permite saber que Dios existe, y cómo es Él.

4.1 LA EXISTENCIA DE DIOS

La Biblia no trata de demostrar que Dios existe.¹ En vez de hacerlo,

comienza con su existencia como premisa básica: “En el principio ... Dios” ([Génesis 1:1](#)). ¡Dios es! Él es el punto de partida. A lo largo de toda la Biblia hay evidencias sustanciales a favor de su existencia. Mientras que “dice el necio en su corazón: No hay Dios ... los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” ([Salmos 14:1; 19:1](#)). Dios se ha dado a conocer a través de sus acciones creadoras y providentes; dando vida, aliento ([Hechos 17:24–28](#)), alimento y gozo ([Hechos 14:17](#)). Acompaña esas acciones con palabras que interpretan su sentido e importancia, proporcionándonos un registro escrito que explica su presencia y propósitos. También revela su existencia al hablar y actuar por medio de profetas, sacerdotes, reyes y siervos fieles. Por último, se ha revelado claramente a sí mismo por medio de su Hijo, y a través del Espíritu Santo que habita en nosotros.

Para quienes creemos que Dios se ha revelado a sí mismo en las Escrituras, nuestras descripciones de la única divinidad verdadera se basan en su autorrevelación. Con todo, vivimos en un mundo que, en general, no comparte esta visión de la Biblia como fuente primordial. En lugar de esto, muchas personas confían en el ingenio y la capacidad de percepción de los humanos para llegar a una descripción de lo divino. Para poder seguir los pasos del apóstol Pablo en la labor de sacarlos de las tinieblas a la luz, necesitamos estar conscientes de las categorías generales de esas percepciones humanas.

En la comprensión secular de la historia, la ciencia y la religión, la teoría de la evolución ha sido aceptada por muchos como una realidad digna de confianza. Según esa teoría, a medida que evolucionaron los seres humanos, lo hicieron también sus creencias y expresiones religiosas.² La religión es representada como un movimiento desde prácticas y credos sencillos hasta otros más complejos. Los seguidores de este esquema de la teoría evolucionista dicen que la religión comienza al nivel del animismo, en el cual se considera que los objetos naturales están habitados por poderes sobrenaturales o espíritus fuera de su cuerpo. Estos espíritus dejan su huella en la vida humana según sus tortuosos caprichos. El animismo evoluciona para convertirse en un politeísmo simple en el que algunos de los poderes sobrenaturales son percibidos como divinidades. El paso siguiente, según los evolucionistas, es el henoteísmo, en el cual una de las divinidades alcanza la supremacía sobre todos los demás espíritus y es adorada con preferencia a ellos. Sigue la monolatría, en la cual los humanos deciden adorar solamente a uno de los dioses, aunque no nieguen la existencia de los otros.

La conclusión lógica de la teoría es el monoteísmo, el cual aparece

sólo cuando los humanos evolucionan hasta el punto de negar la existencia de todos los demás dioses, y adorar a una sola divinidad. Las investigaciones de los antropólogos y misionólogos de este siglo han demostrado con claridad que ni los hechos de la historia ni el estudio cuidadoso de las culturas “primitivas” contemporáneas avalan esta teoría.¹ Cuando los seres humanos le dan forma a un sistema de creencias según sus propios designios, éste no se desarrolla en la dirección del monoteísmo, sino al contrario, hacia la creencia en más dioses y más animismo.² La tendencia lleva al sincretismo; a añadir divinidades recién descubiertas al conjunto de las que ya se adoran.

En contraste con la evolución, hallamos la revelación. Servimos a un Dios que actúa y habla. El monoteísmo no es consecuencia del genio evolucionista humano, sino de la autorrevelación divina. Esta autorrevelación divina es progresiva en su naturaleza, puesto que Dios se ha seguido revelando cada vez más a lo largo de toda la Biblia.³ Llegado el tiempo del primer Pentecostés después de la Resurrección, aprendemos que Dios se manifiesta ciertamente a su pueblo en tres personas diferentes.⁴ Con todo, en los tiempos del Antiguo Testamento era necesario dejar establecido el hecho de que hay un solo Dios verdadero, en contraste con los numerosos dioses que servían los vecinos de Israel en Canaán, Egipto y Mesopotamia.

Esta enseñanza fue expresada por medio de Moisés: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” ([Deuteronomio 6:4](#)).⁵ La existencia y la actividad continua de Dios no dependían de su relación con ningún otro dios o criatura. En lugar de esto, nuestro Dios podía limitarse a “ser” mientras decidía llamar a su lado a los seres humanos (no porque los necesitase, sino porque ellos lo necesitaban a Él).

4.2 LOS ATRIBUTOS CONSTITUTIVOS DE DIOS

“Ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas” ([Hechos 17:25](#)). Dios es autoexistente, en el sentido de que no mira a ninguna otra fuente en busca de su propio significado, ni de su ser. Su mismo nombre, *Yahwé*, es una declaración de que “Él es y seguirá siendo”.¹ Dios no depende de que nadie lo aconseje o le enseñe algo: “¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” ([Isaías 40:14](#)). El Señor no ha necesitado que ningún otro ser lo asista en la creación o en la providencia ([Isaías 44:24](#)). Dios le quiere impartir vida a su pueblo, y se presenta aparte de todos e independiente

de ellos. “El Padre tiene vida en sí mismo” (Juan 5:26). Ningún ser creado puede afirmar esto de sí, de manera que, a las criaturas, lo que nos cabe es declarar en nuestra adoración: “Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4:11).

4.2.1 Espiritu

Un día, Jesús encontró junto al pozo de Jacob a una mujer de Samaria. Los judíos del primer siglo consideraban a los samaritanos como una secta aberrante que debían evitar. Se los había obligado a dejar la idolatría, pero habían modificado el Pentateuco para limitar el lugar de adoración al monte Gerizim, y rechazaban el resto del Antiguo Testamento. Jesús hizo ver cuán errada era la visión de ellos del mundo al declarar: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24). Esta adoración no estaría restringida a un lugar físico, puesto que esto reflejaría un concepto falso sobre la naturaleza misma de Dios. La adoración debe ser hecha según la naturaleza espiritual de Dios.

La Biblia no nos da una definición de la palabra “espíritu”, pero sí ofrece descripciones. Dios, como espíritu, es inmortal, invisible y eterno, digno de nuestra honra y gloria para siempre (1 Timoteo 1:17). Como espíritu, vive en una luz a la que no podemos acercarnos los humanos: “A quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1 Timoteo 6:16). Nos es difícil comprender su naturaleza espiritual porque aún no lo hemos visto tal como Él es, y sin la fe, nos es imposible comprender aquello que aún no hemos experimentado. Nuestra percepción sensorial no nos ofrece ayuda alguna en el discernimiento de la naturaleza espiritual de Dios. Él no está encadenado por las ataduras de la materia física. Adoramos a Uno que es muy distinto a nosotros, aunque anhela poner dentro de nosotros al Espíritu Santo para que gustemos por adelantado aquel día en el cual lo veremos tal como Él es (1 Juan 3:2). Entonces podremos acercarnos a la luz, porque habremos desechado la mortalidad para tomar sobre nosotros una inmortalidad glorificada (1 Corintios 15:51–54).

4.2.2 Conocible

“A Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18). La humanidad no puede comprender totalmente al Dios Todopoderoso (Job 11:7), y sin embargo, Él se ha mostrado a sí mismo en momentos diferentes y de diversas formas, indicando que es su voluntad que nosotros lo conozcamos y mantengamos una relación correcta con Él (Juan 1:18; 5:20; 17:3; Hechos

14:17; Romanos 1:18–20). Con todo, esto no significa que podamos percibir de manera total y exhaustiva toda la personalidad y la naturaleza de Dios (Romanos 1:18–20; 2:14–15). Dios, al mismo tiempo que revela, esconde: “Verdaderamente tú eres Dios que te encubres, Dios de Israel, que salvas” (Isaías 45:15).

En lugar de constituir una detración con respecto a sus atributos, este encubrirse a sí mismo es una confesión que declara nuestra limitación y la infinitud de Dios. Puesto que Dios decidió hablar a través de su Hijo (Hebreos 1:2) y hacer que su plenitud habitara dentro de ese Hijo (Colosenses 1:19), podemos esperar que hallaremos en Jesús la manifestación mejor centrada de todas con respecto a la personalidad de Dios. Jesús no sólo se limita a dar a conocer al Padre, sino que también revela el significado y la importancia del Padre.¹

Mediante numerosas invitaciones, Dios expresa que su voluntad es que lo conozcamos: “Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmo 46:10). Cuando los hebreos se sometieron al Señor, Él prometió que las manifestaciones divinas mostrarían que Él era su Dios y ellos eran su pueblo. “Y vosotros sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que os sacó de debajo de las tareas pesadas de Egipto” (Éxodo 6:7). La conquista de la Tierra Prometida fue también una significativa evidencia, tanto de la realidad del Dios vivo único y verdadero, como de la posibilidad de conocerle (Josué 3:10). A los cananeos y a otros que habrían de sufrir el juicio divino, se les daría a conocer que Dios existía y que estaba de parte de Israel (1 Samuel 17:46; 1 Reyes 20:28).

Sin embargo, aquéllos que se rindiesen al Señor podrían ir más allá de un simple conocimiento de su existencia, hasta el conocimiento de su persona y sus propósitos (1 Reyes 18:37). Uno de los beneficios derivados del hecho de estar en una relación de pacto con Dios en el Antiguo Testamento era que Él se continuaría revelando a aquéllos que obedeciesen las estipulaciones de ese pacto (Ezequiel 20:20; 28:26; 34:30; 39:22, 28; Joel 2:27; 3:17).

Los humanos han buscado el conocimiento de la divinidad desde el principio. Apareciendo en uno de los períodos más tempranos de la historia bíblica, Zofar le preguntó a Job si la búsqueda daría resultado alguno: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso?” (Job 11:7). Eliú añadió: “He aquí, Dios es grande, y nosotros no le conocemos, ni se puede seguir la huella de sus años” (Job 36:26). Cuanto conocimiento tengamos de Dios, se deberá a que Él ha decidido revelárenos. Con todo, aunque admitamos que ese conocimiento

que ahora tenemos es limitado, su contemplación es algo glorioso, y es base suficiente para nuestra fe.

4.2.3 Eterno

Nosotros medimos nuestra existencia a base del tiempo: pasado, presente y futuro. Dios no está limitado por el tiempo; sin embargo, ha querido revelárenos dentro de nuestro marco de referencia, de manera que lo podamos ver activo delante y detrás de nosotros. Los traductores de la Biblia a los idiomas modernos usan con frecuencia las expresiones “eterno”, “perdurable” y “para siempre” con el fin de capturar las frases hebreas y griegas que traen a Dios a nuestra perspectiva.¹ Él existía antes de la creación: “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” ([Salmo 90:2](#)).

Debemos admitir que, al experimentar nosotros el tiempo como una medida con limitaciones, la comprensión plena de la eternidad es superior a nuestras posibilidades. No obstante, podemos meditar en el aspecto de Dios relacionado con su perdurabilidad y eternidad, lo que nos llevará a adorarlo como un Señor personal que ha cruzado una gran brecha entre su vitalidad infinita e ilimitada, y nuestra mortalidad finita y limitada. “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” ([Isaías 57:15](#)).

Por tanto, aparte por completo de que intentemos comprender la relación entre el tiempo y la eternidad, podemos confesar: “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén” ([1 Timoteo 1:17](#); véanse [Números 23:19](#); [Salmos 33:11](#); [102:27](#); [Isaías 57:15](#)).

4.2.4 Omnipotente

Un antiguo dilema filosófico pregunta si Dios será capaz de crear una roca tan grande que no la pueda mover después. Si no la puede mover, entonces no es todopoderoso. Si no puede crear una roca tan grande, entonces eso demuestra también que no es todopoderoso. Esta falacia lógica es un simple juego de palabras que pasa por alto el hecho de que el poder de Dios se halla entrelazado con sus propósitos.

Habría sido más sincero preguntar: ¿Es Dios lo suficientemente

poderoso para hacer todo aquello que se proponga hacer y para cumplir con sus propósitos divinos? En el contexto de sus propósitos, Dios demuestra que ciertamente es capaz de realizar cuanto quiera: “Porque Jehová de los ejércitos lo ha determinado, ¿y quién lo impedirá? Y su mano extendida, ¿quién la hará retroceder?” (Isaías 14:27). Los seres humanos no pueden resistir, contrariar ni impedir el poder y la fortaleza ilimitados del único Dios verdadero (2 Crónicas 20:6; Salmo 147:5; Isaías 43:13; Daniel 4:35).

Dios ha demostrado que su interés primordial no se centra en el tamaño y el peso de las rocas (aunque Él puede hacer que den agua [Éxodo 17:6] o que le alaben [Lucas 19:40]), sino en la labor de llamar, moldear y transformar un pueblo para sí. Vemos esto cuando saca aliento y vida del seno de Sara en su avanzada edad, tal como Él mismo dijo: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Génesis 18:14; véase Jeremías 32:17), y también del seno de María, una joven virgen (Mateo 1:20–25). El propósito más sublime de Dios lo hallamos cuando saca vida de una tumba cercana a Jerusalén como demostración de “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Efesios 1:19–20).

Los discípulos de Jesús meditaron en lo imposible que es hacer pasar un camello por el ojo de una aguja de coser (Marcos 10:25–27).¹ Aquí la verdadera lección es que al ser humano no le es posible salvarse a sí mismo. En cambio, esto no sólo es posible para Dios, sino que se halla dentro de sus propósitos divinos. Por consiguiente, la obra de salvación se halla dentro del dominio exclusivo del Señor, quien es todopoderoso. Lo podemos exaltar, no sólo por ser omnipotente, y porque su poder es mayor que el de cualquier otro ser, sino también porque sus propósitos son grandiosos y aplica su gran poder a la realización de su voluntad.

4.2.5 Omnipresente

Las naciones que rodeaban a Israel en la antigüedad servían a dioses regionales o nacionales que estaban limitados en su influencia por motivos de localidad y de ritos. En su mayor parte, los devotos de estas divinidades regionales las consideraban poderosas solamente dentro del ámbito del pueblo que les presentaba ofrendas. Aunque, ciertamente, el Señor se presentó a Israel como el que podía centrar su presencia en el Lugar Santísimo del tabernáculo y del templo. Eso era una concesión a las

limitaciones de la comprensión humana. Salomón reconoció esto al decir: “Pero ¿es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1 Reyes 8:27).

En el presente, los humanos estamos limitados a una existencia dentro de las dimensiones físicas de este universo. No hay absolutamente lugar alguno donde podamos ir para no estar en la presencia de Dios: “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra” (Salmo 139:7–10; véase Jeremías 23:23–24). La naturaleza espiritual de Dios le permite ser omnipresente, y al mismo tiempo, muy cercano a nosotros (Hechos 17:27–28).

4.2.6 Omnisciente

“Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquél a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Dios tiene la capacidad de conocer nuestros pensamientos y nuestras intenciones (Salmo 139:1–4), y no se cansa ni se agota en su actividad de discernirlos (Isaías 40:28). El conocimiento de Dios no está limitado por nuestra comprensión del tiempo futuro, puesto que Él puede conocer el final de algo desde su mismo principio (Isaías 46:10).

El conocimiento y la sabiduría de Dios se hallan por encima de nuestra capacidad de penetración (Romanos 11:33). Por eso, se nos hace difícil comprender totalmente cómo es que Dios tiene conocimiento previo de sucesos que están condicionados por nuestro libre albedrío. Éste es uno de esos aspectos que nos sitúan en una sana tensión (no contradicción, sino paradoja); las Escrituras no nos dan suficiente información para resolver adecuadamente esa tensión. No obstante, nos dan lo que necesitamos — junto con la ayuda del Espíritu Santo para tomar decisiones que agraden a Dios.

4.2.7 Sabio

En el mundo antiguo, el concepto de sabiduría tendía a hallarse dentro del ámbito de la teoría y el debate. No obstante, la Biblia presenta la sabiduría en el ámbito de lo práctico, y una vez más, nuestro modelo con

respecto a esta clase de sabiduría es Dios. “Sabiduría” (en heb. *jokmá*) es la unión del conocimiento de la verdad con la experiencia en la vida. El conocimiento solo, puede llenar la cabeza con datos sin que haya una comprensión de su importancia o aplicación. La sabiduría les da dirección y sentido.

La sabiduría de Dios le da un conocimiento profundo de todo cuanto es y cuanto puede ser. En vista del hecho de que Dios tiene existencia en sí mismo, tiene una experiencia que no podemos ni siquiera imaginar, y su comprensión es ilimitada ([Salmo 147:5](#)). Él aplica con sabiduría sus conocimientos. Todas las obras de sus manos son hechas en su gran sabiduría ([Salmo 104:24](#)), lo que le permite poner en su cargo a los monarcas, o cambiar los tiempos y las estaciones según Él lo vea adecuado en su sabiduría ([Daniel 2:21](#)).

Dios desea que nosotros participemos de su sabiduría y comprensión, de manera que podamos conocer los planes que Él tiene para nosotros, y vivir en el centro de su voluntad ([Colosenses 2:2–3](#)).

4.3 LOS ATRIBUTOS MORALES DE DIOS

4.3.1 Fiel

Las religiones antiguas del Oriente Medio estaban consagradas a divinidades volubles y caprichosas. La gran excepción a esto es el Dios de Israel. En su naturaleza y acciones, Él es digno de confianza. La palabra hebrea *amén*, “de cierto”, se deriva de una de las descripciones hebreas más sobresalientes de la personalidad de Dios, en la cual se refleja lo veraz y digno de confianza que es Él: “Te exaltaré, alabaré tu nombre, porque has hecho maravillas; tus consejos antiguos son *verdad y firmeza* [*emuná omén*, literalmente, “fidelidad y seguridad”] ([Isaías 25:1](#)).

Aunque usamos la palabra “amén” para expresar nuestra seguridad de que Dios puede contestar la oración, las veces que aparece en la Biblia la familia de palabras *amén* incluye una gama más amplia aún de manifestaciones del poder y la fidelidad de Dios. El jefe de los siervos de Abraham atribuyó su éxito en la búsqueda de esposa para el joven Isaac a la fidelidad que tiene *Yahwé* por naturaleza ([Génesis 24:27](#)). Las palabras “verdad” y “fidelidad” (*emet* y *emuná*) son, y muy adecuadamente, extensiones del mismo concepto hebreo, unidas en la naturaleza de Dios.

El Señor hace patente su fidelidad cuando guarda sus promesas: “Conoce, pues, que Jehová tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y

la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” ([Deuteronomio 7:9](#)). Josué exclamó al final de su vida que el Señor Dios nunca le había fallado, ni en una sola promesa ([Josué 23:14](#)). El salmista confiesa: “Para siempre será edificada misericordia; en los cielos mismos afirmarás tu verdad” ([Salmo 89:2](#)).

Dios se muestra constante en su intención de tener comunión con nosotros, al guiarnos y protegernos. Ni siquiera el pecado y la maldad de este mundo podrán reclamarnos para sí, si nos sometemos a Él: “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad” ([Lamentaciones 3:22–23](#)).

Porque Dios es fiel, sería inaudito que abandonase a sus hijos cuando éstos pasen por tentaciones o pruebas ([1 Corintios 10:13](#)). “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta. Él dijo, ¿y no hará? Habló, ¿y no ejecutará?” ([Números 23:19](#)). Dios permanece estable en su naturaleza, al mismo tiempo que manifiesta flexibilidad en sus acciones.¹ Cuando Él hace un pacto con los humanos, su promesa es suficiente sello y profesión sobre la inmutable naturaleza de su personalidad y sus propósitos: “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento” ([Hebreos 6:17](#)). Si alguna vez Dios dejara de cumplir sus promesas, estaría repudiando su propia personalidad.

Pablo contrasta la naturaleza humana y la divina cuando escribe acerca de la gloria que sigue al sufrimiento de Cristo: “Si fuéremos infieles, él permanece fiel; él no puede negarse a sí mismo” ([2 Timoteo 2:13](#)). Dios es absolutamente digno de confianza, debido a lo que es: fiel y verdadero ([Deuteronomio 32:4](#); [Salmo 89:8](#); [1 Tesalonicenses 5:23–24](#); [Hebreos 10:23](#); [1 Juan 1:9](#)).

4.3.2 Veraz

“Dios no es hombre, para que mienta” ([Números 23:19](#)). La veracidad de Dios contrasta con la falta de honradez de los humanos, pero no solamente en una medida relativa. Dios es perfectamente fiel a su palabra y a sus caminos ([Salmos 33:4](#); [119:151](#)), y su integridad es un rasgo de personalidad que Él manifiesta de manera permanente ([Salmo 119:160](#)). Esta veracidad estable y permanente del Señor es el vehículo a través del cual somos santificados, porque la verdad proclamada se ha convertido en la verdad encarnada: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” ([Juan 17:17](#)). Nuestra esperanza se apoya directamente en la certeza de

que todo cuanto Dios nos ha revelado es cierto, y todo lo que ha hecho hasta el momento para cumplir su palabra nos da la certeza de que llevará a su término cuanto ha comenzado ([Juan 14:6](#); [Tito 1:1](#)).

4.3.3 Bueno

Por su naturaleza misma, Dios está inclinado a actuar con gran generosidad hacia su creación. Durante los días de la creación, el Señor examinaba periódicamente su obra y declaraba que era buena, en el sentido de que le complacía y era adecuada a sus propósitos ([Génesis 1:4, 10, 12, 18, 21, 25, 31](#)). Se utiliza el mismo adjetivo para describir el carácter moral de Dios: “Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia” ([Salmo 100:5](#)). En este contexto, la expresión presenta la idea original de ser agradable, o totalmente adecuado, pero va más allá con el fin de ilustrar para nosotros la gracia que es esencial en la naturaleza divina: “Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia. Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” ([Salmo 145:8–9](#); véase también [Lamentaciones 3:25](#)). Esta faceta de su naturaleza se manifiesta en la forma en que está siempre dispuesto a satisfacer nuestras necesidades, ya sean materiales (lluvia y cosechas, [Hechos 14:17](#)) o espirituales (gozo, [Hechos 14:17](#); sabiduría, [Santiago 1:5](#)). Este aspecto contrasta también con las creencias de la antigüedad, cuando todos los demás dioses eran impredecibles, depravados y tenían de todo, menos de buenos.

Podemos tomar modelo de nuestro Dios generoso y compasivo, porque “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” ([Santiago 1:17](#)).

4.3.4 Paciente

En un mundo repleto de venganzas, decididas a menudo de manera precipitada, nuestro Dios es “tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión” ([Números 14:18](#)). Esta “lentitud” para la ira permite una ventana de oportunidad para que muestre su compasión y gracia ([Salmo 86:15](#)). La paciencia de Dios es para beneficio nuestro, de manera que nos demos cuenta de que nos debe guiar al arrepentimiento ([Romanos 2:4](#); [9:22–23](#)).

Vivimos en la tensión de anhelar que Jesús cumpla su promesa y regrese, y al mismo tiempo, deseamos que espere para que haya más

personas que lo acepten como Salvador y Señor: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

El Señor castigará a los culpables por el pecado; no obstante, por ahora, utiliza sus propias normas de “lentitud”, puesto que su paciencia significa salvación (2 Pedro 3:15).

4.3.5 Amoroso

Muchos comenzamos a estudiar la Biblia aprendiéndonos de memoria Juan 3:16. Cuando éramos nuevos creyentes, lo recitábamos con vigor y entusiasmo, haciendo énfasis con frecuencia en las palabras “porque de tal manera amó Dios al mundo”. Después de haberlo meditado más profundamente, descubrimos que el amor de Dios no se describe en este pasaje en función de cantidad, sino más bien como una cualidad. No se trata de que Dios nos haya amado tanto, que esto lo motivó a dar, sino de que nos amaba de una forma tan dispuesta al sacrificio, que dio.¹

Dios se ha revelado a sí mismo como un Dios que expresa una forma particular de amor; un amor manifestado a base de dar con sacrificio. Así lo define Juan: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10).

Dios manifiesta también su amor a base de proporcionar descanso y protección (Deuteronomio 33:12), en los cuales se pueden centrar nuestras oraciones de acción de gracias (Salmos 42:8; 63:3; Jeremías 31:3). Con todo, la forma más exaltada y la demostración más grande del amor de Dios se hallan en la cruz de Cristo (Romanos 5:8). Él quiere que sepamos que su personalidad amorosa forma parte integral de nuestra vida en Cristo: “Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)” (Efesios 2:4).

El camino más excelente, el camino del amor, por el cual se nos exhorta a caminar, identifica los rasgos en los que Dios nos ha servido de modelo en su persona y obra (1 Corintios 12:31–13:13). Si seguimos su ejemplo, produciremos el fruto espiritual del amor y caminaremos de una manera tal, que permitirá que los dones del Espíritu (*jarísmata*) lleven a cabo lo que se ha propuesto la gracia (*járis*) de Dios.

4.3.6 Lleno de gracia y misericordia

Los términos “gracia” y “misericordia” representan dos aspectos de la personalidad y la actividad de Dios que son diferentes, aunque estén relacionados. Experimentar la gracia de Dios es recibir un regalo que no podemos ganar y que no merecemos. Experimentar la misericordia de Dios es ser guardados del castigo que de hecho merecemos. Dios es el verdadero juez, que retiene para sí el poder sobre el castigo último y definitivo. Cuando perdona nuestros pecados y nuestras culpas, experimentamos su misericordia. Cuando recibimos el don de la vida, experimentamos su gracia. La misericordia de Dios se lleva el castigo, mientras que su gracia reemplaza lo negativo con algo positivo. Merecemos el castigo, pero Él nos da paz a cambio y nos restaura a la plenitud ([Isaías 53:5](#); [Tito 2:11](#); [3:5](#)).

“Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia” ([Salmo 103:8](#)). Puesto que tenemos la necesidad de que se nos haga pasar de muerte a vida, estos aspectos de Dios aparecen unidos con frecuencia en las Escrituras, a fin de mostrarnos su relación mutua ([Efesios 2:4–5](#); véanse [Nehemías 9:17](#); [Romanos 9:16](#); [Efesios 1:6](#)).

4.3.7 Santo

“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo” ([Levítico 11:44](#)). Hemos sido llamados a ser diferentes, porque el Señor es diferente. Dios se revela a sí mismo como “santo”, *qadosh* (hebreo) y el elemento esencial de *qadosh* es, por una parte, la separación de lo mundano, profano o normal, y por otra, la separación para sus propósitos (o consagración a ellos). Los mandatos que recibió Israel lo llamaban a mantener una clara distinción entre las esferas de lo común y lo sagrado ([Levítico 10:10](#)). Esta distinción tenía su peso en el tiempo y el espacio (el sábado y el santuario), pero estaba dirigida en su significado principal al individuo. Puesto que Dios es distinto a todo otro ser, cuantos se sometan a Él deben ser también separados — en cuanto a corazón, intenciones, devoción y personalidad — para Él, que es el verdaderamente santo ([Éxodo 15:11](#)).

Por su naturaleza misma, Dios está separado del pecado y de la humanidad pecadora. La razón por la cual los humanos no somos capaces de acercarnos a Dios en nuestro estado caído, es porque no somos santos. El uso bíblico de la “impureza” no se refiere a la higiene, sino a la falta de santidad ([Isaías 6:5](#)). Entre las señales de impureza se incluyen el ser como

muro agrietado (véase [Isaías 30:13–14](#)), el pecado, la violación de la voluntad de Dios, la rebelión y la permanencia en el estado de ser incompleto. Puesto que Dios es completo y justo, nuestra consagración comprende tanto la separación del pecado como la obediencia a Él.

La santidad es la personalidad y actividad de Dios, tal como lo revela el título *Yahwé meqaddesh*, “Yo Jehová que os santifico” ([Levítico 20:8](#)). La santidad de Dios no se debería convertir solamente en un punto de meditación para nosotros, sino también en una invitación ([1 Pedro 1:15](#)) a participar en su justicia y a adorarlo junto con las multitudes. Las criaturas vivientes del Apocalipsis “no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” ([Apocalipsis 4:8](#); véase [Salmo 22:3](#)).

4.3.8 Recto y justo

El Dios Santo es distinto de la humanidad pecadora y se halla alejado de ella. Con todo, está dispuesto a dejarnos entrar en su presencia. Esta buena disposición se halla equilibrada por el hecho de que Él juzga a su pueblo con rectitud y justicia ([Salmo 72:2](#)). Estos dos conceptos se combinan con frecuencia para ilustrar la norma de medida que Dios presenta.

La rectitud bíblica es vista como la conformidad a una norma ética o moral. La “rectitud” (hebreo *ts^edaqá*)¹ de Dios es a un tiempo su personalidad, y la forma en que Él decide actuar. Su personalidad es recta en cuanto a ética y moral y, por tanto, sirve como la norma para decidir cuál es nuestra posición con relación a Él.

Con esta faceta de Dios se relaciona su justicia (heb. *mishpat*), dentro de la cual Él ejerce todos los procesos de gobierno. Muchos sistemas democráticos de gobierno modernos separan los deberes del estado en diversas ramas con el fin de que se equilibren mutuamente y se rindan cuentas unas a otras (por ejemplo, el poder legislativo para redactar y aprobar las leyes; el ejecutivo para hacerlas cumplir y mantener el orden, y el judicial para asegurar constancia en la aplicación de la ley y castigar a quienes la quebranten). El *mishpat* de Dios encuentra todas esas funciones dentro de la personalidad y el dominio del único Dios soberano ([Salmo 89:14](#)). La RV suele traducir este término hebreo como *juicio*, con lo cual hace resaltar solamente uno de los diversos aspectos de la justicia ([Jeremías 9:24](#); [10:24](#); [Amós 5:24](#)). La justicia de Dios incluye el castigo del juicio, pero subordina dicha actividad a la obra más general de establecer una justicia amorosa ([Deuteronomio 7:9–10](#)).¹

La norma que Dios presenta es justa y recta ([Deuteronomio 32:4](#)). Por consiguiente, nosotros no podemos, en nosotros mismos y por nosotros mismos, llegar a la altura de la norma con la que Dios nos mide; todos quedamos por debajo de ella ([Romanos 3:23](#)). Él “ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” ([Hechos 17:31](#)). Con todo, Dios también busca la protección de sus criaturas en el presente ([Salmo 36:5–7](#)), además de ofrecerles esperanza para el futuro. La encarnación de Cristo incluyó las cualidades y actividades de justicia y juicio. Entonces, su expiación sustituta nos traspasó esas cualidades a nosotros ([Romanos 3:25–26](#)), para que pudiésemos comparecer como justos ante el justo Juez ([2 Corintios 5:21](#); [2 Pedro 1:1](#)).

4.4 LOS NOMBRES DE DIOS

En nuestra cultura moderna, los padres suelen escoger nombre para sus hijos, basados en la estética, o el buen sonido. En cambio, en los tiempos bíblicos, la entrega de nombre era una ocasión y ceremonia de considerable importancia. El nombre era una expresión de la personalidad, naturaleza o futuro del individuo (o al menos, una declaración por parte de quien se lo ponía, con respecto a lo que esperaba del que lo recibía).² A lo largo de toda la Escritura, Dios ha demostrado que su nombre no es una simple etiqueta para distinguirlo de las otras divinidades de las culturas vecinas. En lugar de esto, cada uno de los nombres que Él usa y acepta descubre alguna faceta de su personalidad, naturaleza, voluntad o autoridad.

Puesto que el nombre representaba la personalidad y presencia de Dios, “invocar el nombre del Señor” se convirtió en un medio por el cual se podía entrar en una relación de intimidad con Él. Este tema era común en las religiones antiguas del Oriente Medio. Con todo, las religiones circundantes trataban de controlar a sus divinidades a través de la manipulación de sus nombres divinos, mientras que a los israelitas se les había ordenado no usar el nombre de *Yahwé* su Dios de una forma vana y vacía ([Éxodo 20:7](#)). En lugar de hacer esto, debían entrar en una relación que había sido establecida por medio del nombre del Señor y que traería consigo providencia y salvación.

4.4.1 Los nombres del Antiguo Testamento

La palabra principal para identificar la divinidad, que aparece en todos los lenguajes semíticos, es *El*, que posiblemente se deriva de un

término cuyo significado es “poder”, o “preeminencia”. No obstante, no se sabe con certeza su verdadera procedencia.¹ Puesto que era de uso común en varias religiones y culturas diferentes, se puede clasificar como un término genérico para hablar de “Dios” o de un “dios” (según el contexto, puesto que las Escrituras hebreas no hacen distinción entre letras mayúsculas y minúsculas).

Para Israel, sólo existía un Dios verdadero; por tanto, el uso del nombre genérico que hacían otras religiones era vano y vacío, puesto que Israel debía creer en *El Elohé Yisra’el*: “Dios, el Dios de Israel”, o posiblemente, “Poderoso es el Dios de Israel” ([Génesis 33:20](#)).

En la Biblia se hace con frecuencia un nombre compuesto a partir de éste, usando términos descriptivos como los que siguen: “*El* de la gloria” ([Salmo 29:3](#)); “*El* del conocimiento” ([1 Samuel 2:3](#)); “*El* de la salvación” ([Isaías 12:2](#)); “*El* de la venganza” ([Salmo 94:1](#)); y “*El*, el grande y temible” ([Nehemías 1:5; 4:14; 9:32; Daniel 9:4](#)).

La forma plural *Elohim* se encuentra casi tres mil veces en el Antiguo Testamento, y por lo menos dos mil trescientas de estas citas se refieren al Dios de Israel ([Génesis 1:1; Salmo 68:1](#)). No obstante, el término *elohim* tenía una amplitud de significado suficientemente grande para referirse también a los ídolos ([Éxodo 34:17](#)), a los jueces ([Éxodo 22:8](#)), a los ángeles ([Salmo 8:5](#)) o a los dioses de las demás naciones ([Isaías 36:18; Jeremías 5:7](#)). La forma plural, cuando es aplicada al Dios de Israel, se puede entender² como una forma de expresar el pensamiento de que la plenitud de la divinidad se encuentra dentro del único Dios verdadero, con todos sus atributos, personalidad y poderes.³

Sinónimo de *Elohim* es su forma singular *Eloá*, que también se suele traducir sencillamente como “Dios”. El examen de los pasajes bíblicos sugiere que este nombre toma un nuevo significado: el de reflejar la capacidad de Dios para proteger o destruir (según el contexto particular). Se usa de manera paralela a “roca” como refugio ([Deuteronomio 32:15; Salmo 18:31; Isaías 44:8](#)). Los que hallan refugio en Él descubren que *Eloá* es un escudo protector ([Proverbios 30:5](#)), pero es también el terror de los pecadores: “Entended ahora esto, los que os olvidáis de Dios [*Eloá*], no sea que os despedace, y no haya quien os libre” ([Salmo 50:22; véanse también 114:7; 139:19](#)). Por tanto, este nombre es un consuelo para quienes se humillan y buscan refugio en Él, pero produce terror en aquéllos que no se hallan en una relación correcta con Él.

Es un nombre que se presenta como un reto para que el pueblo decida

qué aspecto de Dios quiere experimentar, porque “bienaventurado es el hombre a quien Dios [*Eloá*] castiga” (Job 5:17). Job decidió finalmente reverenciar a Dios en su majestad y arrepentirse ante su poder (37:23; 42:6).¹

Con frecuencia, Dios revelaba algo más de su personalidad a base de proporcionarnos frases descriptivas o cláusulas en conjunción con sus diversos nombres. La primera vez que se identificó, se llamó *El Shaddai* (Génesis 17:1),² cuando llegó el tiempo de renovar su pacto con Abram. Parte del contexto bíblico sugiere que *shaddai* conlleva la imagen de uno capaz de devastar y destruir. En el Salmo 68:14, *El Shaddai* “esparció los reyes” en la tierra, y el profeta Isaías habla de un pensamiento similar: “Aullad, porque cerca está el día de Jehová; vendrá como asolamiento del Todopoderoso [*Shaddai*]” (Isaías 13:6). Sin embargo, otros pasajes parecen poner más énfasis en Dios como el totalmente suficiente: “El Dios Omnipotente [*El Shaddai*] me apareció en Luz en la tierra de Canaán, y me bendijo, y me dijo: He aquí yo te haré crecer, y te multiplicaré” (Génesis 48:3–4; véase también el 49:24). Los traductores han optado generalmente por “el todopoderoso” o “el omnipotente”, en reconocimiento de la capacidad de *El Shaddai*, tanto para bendecir, como para devastar, según convenga, puesto que ambos poderes se hallan dentro del carácter y el poder de ese nombre.

Otras añadiduras descriptivas contribuyen a revelar la personalidad de Dios. Lo exaltado de su naturaleza se manifiesta en *El Elyón*, “Dios Altísimo”³ (Génesis 14:22; Números 24:16; Deuteronomio 32:8). La naturaleza eterna de Dios es representada por el nombre *El Olam*, con el término descriptivo que significa “perpetuo” o “perdurable”; cuando Abraham se estableció por largo tiempo en Beerseba, “invocó allí el nombre de Jehová Dios eterno” (Génesis 21:33; véase Salmo 90:2). Todos los que viven bajo el peso del pecado y necesitan ser libertados de él, pueden invocar a *Elohim yishenu*, “Dios, salvación nuestra” (1 Crónicas 16:35; Salmos 65:5; 68:19; 79:9).

El Señor usó al profeta Isaías de manera poderosa para pronunciar tanto palabras de juicio como palabras de consuelo dirigidas a las naciones de su tiempo. Estas palabras no eran resultado de la especulación, o de un análisis demográfico de opiniones. El profeta escuchaba al Dios que se revelaba a sí mismo. El momento en que recibe su misión en Isaías 6 nos puede ayudar a mantener nuestro estudio de Dios dentro de la perspectiva correcta. Allí, Dios se revela a sí mismo exaltado en un trono real. La gran amplitud de sus faldas confirma su majestad. Los serafines proclaman su santidad¹ y pronuncian el nombre

personal de Dios: *Yahwé*.

El nombre *Yahwé* aparece 6.828 veces en 5.790 versículos del Antiguo Testamento² y es la forma más frecuente de llamar a Dios en la Biblia. Es probable que este nombre se derive del verbo hebreo que significa “llegar a ser”, “suceder” o “estar presente”.³ Cuando Moisés se enfrentó al dilema de convencer a los esclavos hebreos para que lo recibieran como mensajero de Dios, le preguntó su nombre. La forma que toma la pregunta indica en realidad que busca una descripción de su personalidad, y no un título ([Éxodo 3:11–15](#)). Moisés no estaba preguntando: “¿Cómo te puedo llamar?”, sino “¿Cuál es tu personalidad, cómo eres?” Dios le respondió: “Yo soy el que soy”, o “Yo seré el que seré” (v. 14). La forma hebrea (*ehyé asher ehyé*) indica que es y está en acción.⁴

En la siguiente oración, Dios se identifica como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, que deberá ser conocido como *YHWH*.⁵ Esta expresión hebrea con cuatro consonantes es conocida como el “tetragrámmaton” [gr. “las cuatro letras”, nota del traductor], y en muchas traducciones aparece traducida como “el Señor”, aunque en realidad, su señorío no es un aspecto esencial del término.¹ Es más bien una declaración de que Dios es un ser que existe por sí mismo (el Yo Soy o Yo Seré), que hace que existan todas las cosas, y ha decidido estar fielmente presente en medio de un pueblo que ha llamado para sí.

En los tiempos del Antiguo Testamento, los israelitas pronunciaban este nombre con libertad. El tercer mandamiento ([Éxodo 20:7](#)): “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”, esto es, no lo usarás de una forma vacía de sentido, o como una forma de darte importancia, para adquirir prestigio o influencia, originalmente habría tenido más que ver con la invocación del nombre divino en la fórmula de un juramento que con el uso de dicho nombre en una maldición.

No obstante, a lo largo de los siglos, los escribas y rabinos desarrollaron una estrategia para mantener vigente esta estipulación. Inicialmente, los escribas escribían la palabra hebrea *Adonai*, “amo”, “señor”, al margen del rollo cada vez que aparecía *YHWH* en el texto inspirado de las Escrituras. Por medio de señales escritas, se le indicaba a todo el que leía en público el rollo que leyera el *Adonai* que había en la nota marginal, en lugar de leer el nombre santo en el pasaje bíblico. La teoría detrás de esto era que no se podía tomar en vano el nombre, si ni siquiera se pronunciaba. Sin embargo, este mecanismo no estaba a prueba de errores, y algunos lectores pronunciaban sin darse cuenta el nombre durante la lectura pública de la Biblia en la sinagoga. Con todo, la gran

reverencia que tenían por el texto, impidió que los escribas y fariseos se decidieran a quitar el nombre hebreo *YHWH* y lo reemplazaran por el término inferior *Adonai*.²

Los rabinos terminaron por aceptar que se incluyeran signos vocálicos en el texto hebreo (puesto que originalmente, el texto inspirado sólo contenía consonantes). Tomaron las vocales de la palabra *adonai*, las modificaron para que cumpliesen las exigencias gramaticales de las letras de la palabra *YHWH*, y las insertaron entre las consonantes de dicho nombre divino, creando la palabra *Y^eHoWaH*. Las vocales le recordarían entonces al lector que debía leer *Adonai*. Algunas Biblias transliteran esta palabra como “Jehová”, perpetuando de esta forma una expresión que se ha convertido en vocablo aceptado, a pesar de tener, como tiene, las consonantes de un nombre personal y las vocales de un título.

Al llegar los tiempos del Nuevo Testamento, el nombre había quedado envuelto en el secreto, y la tradición de reemplazar el nombre inefable con el sustituto “Señor” fue aceptada por los escritores del Nuevo Testamento (lo cual continúa en muchas traducciones modernas de la Biblia, como la *KJV*, la *NIV*, la *NKJV* en inglés, y la Versión Popular en castellano). Esto es aceptable, pero debemos enseñar y predicar que la personalidad del “Señor-Yahwé-Yo soy-Yo seré” consiste en una presencia activa y fiel. “Aunque todos los pueblos anden cada uno en el nombre de su dios, nosotros con todo andaremos en el nombre de Jehová nuestro Dios eternamente y para siempre” (*Miqueas 4:5*).

Los serafines de la visión de Isaías combinan el nombre personal del Dios de Israel con el nombre descriptivo *ts^evaot*, “ejércitos”, o “huestes”.¹ Esta combinación de *Yahwé* y *ts^evaot* aparece en 248 versículos de la Biblia (sesenta y dos veces en Isaías, setenta y siete en Jeremías, cincuenta y tres en Zacarías), y diversas versiones la traducen como “el Señor Todopoderoso” [aunque la *RV* traduce siempre “Jehová de los ejércitos”, nota del traductor] (*Jeremías 19:3*; *Zacarías 3:9–10*). Es la afirmación de que *Yahwé* era el verdadero caudillo de los ejércitos de Israel, y lo es también de las huestes celestiales, tanto ángeles como estrellas, al gobernar universalmente como el general en jefe de todo el Universo. El uso de Isaías en este lugar (*6:3*) contradice la posición de las naciones vecinas, de que cada dios regional era el dios guerrero que tenía autoridad exclusiva sobre esa nación. Aunque Israel fuera derrotado, no sería porque *Yahwé* fuese más débil que el dios guerrero de al lado, sino porque *Yahwé* estaba usando los ejércitos de las naciones circundantes (que Él mismo había creado, de todas formas), para juzgar a su pueblo impenitente.

En el Oriente Medio antiguo, el rey era también el dirigente de todas las operaciones militares. Por tanto, este título de *Yahwé S^ebaot* es otra forma de exaltar la realeza de Dios. “Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria? Jehová de los ejércitos [*Yahwé S^ebaot*], Él es el Rey de la gloria” ([Salmo 24:9–10](#)).

Al final, los serafines de la visión de Isaías confiesan que “toda la tierra está llena de su gloria”. Esta gloria (hebreo *kavod*) lleva en sí el concepto de fuerza, de peso. En este contexto, el uso de la palabra “gloria” está asociado con la idea de alguien que es realmente de peso, no en el sentido material de kilogramos, sino en cuanto a su posición, tal como la reconoce la sociedad. En este sentido, se dice que alguien es de peso si es honorable, imponente y digno de respeto.

La autorrevelación de Dios está relacionada con su intención de habitar en medio de los humanos. Él desea que esta realidad y este esplendor sean conocidos, pero esto sólo es posible cuando las personas toman en consideración la asombrosa calidad de su santidad (en la que se incluye todo el peso de sus atributos) y se proponen hacer en fe y obediencia que esa personalidad se manifieste en ellas. No es corriente que *Yahwé* manifieste físicamente su presencia; con todo, muchos creyentes pueden dar testimonio de esa sensación subjetiva y espiritual de que la presencia del Señor ha descendido con todo su peso. Exactamente ésta es la imagen que se nos comunica a través de Isaías. Dios merece la reputación de grandeza, gloria, reino y poder, pero no es solamente su reputación la que llena la tierra, sino la realidad misma de su presencia; todo el peso de su gloria (véase [2 Corintios 4:17](#)).

El anhelo de Dios es que todas las personas reconozcan de buen grado su gloria. Él ha habitado progresivamente en gloria entre su pueblo; primeramente en el pilar de fuego y de nube, después en el tabernáculo, en el templo de Jerusalén, en la carne como su Hijo, Jesús de Nazaret, y ahora en nosotros por su Santo Espíritu. “Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” ([Juan 1:14](#)). Ahora podemos saber que todos somos templo del Santísimo Espíritu de *Yahwé* ([1 Corintios 3:16–17](#)).

El nombre del “Yo soy-Yo seré”, en conjunción con términos particulares descriptivos, sirve con frecuencia como confesión de fe, y revela algo más sobre la naturaleza de Dios. Cuando Isaac le preguntó a su padre: “He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?”, Abraham le aseguró a su hijo que Dios se proveería [*yiré*]

de uno ([Génesis 22:7–8](#)). Después de sacrificar el carnero sustituto que había quedado atrapado en el zarzal, Abraham llamó aquel lugar *Yahwé yiré*, “Jehová proveerá” (v. 14).¹

A pesar de todo, la fe de Abraham fue más allá de una simple confesión positiva sobre Dios como proveedor material. Su Dios estaba personalmente interesado en el problema, y dispuesto a estudiarlo para resolverlo. El problema se resolvió al proporcionar Él un sustituto para Isaac como sacrificio agradable. Después de este hecho, podemos testificar de que *Yahwé* es realmente providente. En cambio, mientras subía al monte, Abraham confiaba en que Dios proveería, puesto que les había asegurado a sus siervos que esperaban en la distancia, que tanto él como el muchacho regresarían a ellos. La fe de Abraham era un abandono total en manos de la capacidad de Dios para estudiar cualquier problema y resolverlo según su sabiduría divina y sus planes, aunque esto significara una muerte obediente, y que Dios después resucitara al muerto (véase [Hebreos 11:17–19](#)).

También se usa el tetragrámmaton en combinación con una serie de términos más, a fin de describir muchas facetas de la personalidad, naturaleza, promesas y actividades del Señor. *Yahwé Shamá*, “Yahwé allí”, sirve como promesa de la presencia y el poder de *Yahwé* en la ciudad a la que profetiza Ezequiel, al colocar su nombre en ella ([Ezequiel 48:35](#)).

Yahwé Osenu, “Jehová nuestro Hacedor”, es una declaración de su capacidad y disposición para tomar las cosas que existen y hacerlas útiles ([Salmo 95:6](#)).

En el desierto, los hebreos experimentaban a *Yahwé rof'eka*, “Jehová tu médico”, o “Jehová tu sanador”, si escuchaban y obedecían sus mandatos ([Éxodo 15:26](#)).¹ De esta forma pudieron evitar las plagas y enfermedades de Egipto y permanecer físicamente íntegros. El Señor, por su propia naturaleza, es el sanador de aquéllos que se someten a su poder y voluntad.

Cuando Dios guió victoriosamente a Moisés e Israel contra los amalecitas, Moisés erigió un altar dedicado a *Yahwé nisí*, “Jehová es mi estandarte” ([Éxodo 17:15](#)). El estandarte era una bandera que servía como punto de reagrupamiento a lo largo de la batalla o de cualquier otra acción en común.² Esta función de estandarte en alto aparece de manera tipológica en la acción de levantar la serpiente de bronce en un mástil, y en el Salvador, quien serviría como insignia a los pueblos, mientras atraía a todas las naciones hacia sí ([Números 21:8–9](#); [Isaías 62:10–11](#); [Juan 3:14](#);

Filipenses 2:9).

Cuando Dios le habló palabras de paz a Gedeón, éste levantó un altar a *Yahwé Shalom*, “Jehová es paz” (Jueces 6:24). La esencia del término bíblico *shalom* es la idea de plenitud, integridad, armonía, realización, en el sentido de tomar aquello que está incompleto o hecho añicos, y hacerlo completo por medio de un acto soberano.³ Podemos enfrentarnos a retos difíciles, como lo hizo Gedeón al enfrentarse a los madianitas, sabiendo que Dios nos concede la paz porque ésa es una de las formas en que Él manifiesta su naturaleza.

El pueblo de Dios necesita un protector y proveedor, así que Él se ha revelado a sí mismo como *Yahwé roí*, “Jehová es mi pastor” (Salmo 23:1). Todos los aspectos positivos del pastoreo en el antiguo Oriente Medio se pueden encontrar en el Señor fiel (guiar, alimentar, defender, cuidar, sanar, adiestrar, corregir y estar dispuesto a morir en el intento, si es necesario).

Cuando Jeremías profetizó acerca de un rey que vendría, la rama justa de David que Dios levantaría, el nombre por el que sería conocido este rey fue revelado como *Yahwé tsid'kenu*, “Jehová, justicia nuestra” (Jeremías 23:6; véase también 33:16). Forma parte de la naturaleza de Dios actuar en justicia y juicio mientras obra para colocarnos en una posición correcta con respecto a sí mismo. Él se convierte en la norma y regla por la cual podemos medir nuestra vida. Gracias a que Dios, “al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21), y podemos participar en la promesa de Dios de declararnos justos también a nosotros. “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30).

Una de las formas en que Dios ha manifestado su anhelo de sostener una relación personal con su pueblo es a través de su descripción de sí mismo como “Padre”. Esta concepción de Dios como padre está mucho más desarrollada en el Nuevo Testamento que en el Antiguo; aparece sesenta y cinco veces en los tres primeros evangelios, y más de cien sólo en el Evangelio según San Juan. El Antiguo Testamento identifica a Dios como padre sólo quince veces (generalmente relacionándolo con la nación o el pueblo de Israel).

Los aspectos particulares de la paternidad que parecen resaltar son la creación (Deuteronomio 32:6); la responsabilidad de redención (Isaías 63:16); la labor de artesanía (Isaías 64:8); la amistad de familia (Jeremías 3:4); el transmitir una herencia (Jeremías 3:19); el liderazgo (Jeremías

31:9); la honorabilidad ([Malaquías 1:6](#)); y la disposición a castigar las transgresiones ([Malaquías 2:10, 12](#)). También se habla de Dios como Padre de ciertas personas en particular, especialmente de los monarcas David y Salomón. En cuanto a ellos, Dios Padre está dispuesto a castigar el error ([2 Samuel 7:14](#)); al mismo tiempo que es fiel a su amor hacia sus hijos ([1 Crónicas 17:13](#)). Por encima de todo, Dios Padre promete ser fiel para siempre, y estar dispuesto a participar en el proceso de la paternidad para toda la eternidad ([1 Crónicas 22:10](#)).

4.4.2 *Los nombres del Nuevo Testamento*

El Nuevo Testamento presenta una revelación mucho más clara del Dios uno y trino que el Antiguo. Dios es Padre ([Juan 8:54; 20:17](#)), Hijo ([Filipenses 2:5–7; Hebreos 1:8](#)) y Espíritu Santo ([Hechos 5:3–4; 1 Corintios 3:16](#)). Puesto que muchos de los nombres, títulos y atributos de Dios caben adecuadamente bajo las categorías de “Trinidad”, “Cristo” y “Espíritu Santo”, los estudiamos con mayor profundidad en esos capítulos de esta obra. Los párrafos que siguen se centrarán en los nombres y títulos que hablan más directamente sobre el único Dios verdadero.

Nuestro término “teología” se deriva de la palabra griega *zeós*. Los traductores de la Septuaginta la adoptaron como la expresión que podía traducir de manera adecuada al nombre hebreo *elohim* y a sus sinónimos relacionados con él, y en el Nuevo Testamento se siguió entendiendo así. *Zeós* era también el término genérico para hablar de los seres divinos, como cuando los malteses dijeron que Pablo era un dios después de haber sobrevivido a la mordida de la víbora ([Hechos 28:6](#)). El término se puede traducir como “dios”, “dioses” o “Dios”, según el contexto literario, de manera muy parecida al término hebreo *El* ([Mateo 1:23; 1 Corintios 8:5; Gálatas 4:8](#)). No obstante, el uso de esta palabra griega no significa concesión alguna a la posibilidad de que existan otros dioses, puesto que el contexto literario no equivale al contexto espiritual. Dentro de la realidad espiritual, sólo hay un Ser Divino verdadero: “Sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios [*Zeós*]” ([1 Corintios 8:4](#)). Dios reclama el uso exclusivo de este término como una revelación más amplia de sí mismo. Lo mismo podemos decir de la expresión griega *lógos*, “Palabra” ([Juan 1:1, 14](#)).¹

El Antiguo Testamento nos presenta la imagen de Dios como Padre; el Nuevo exhibe la forma en que se ha de experimentar de manera plena esta relación. Jesús habla con frecuencia de Dios en términos de intimidad. No hay ninguna oración del Antiguo Testamento que se dirija a Dios

llamándole “Padre”. En cambio, cuando Jesús les enseñó a orar a sus discípulos, esperaba de ellos que tomaran juntos la posición de hijos y dijeren: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Nuestro Dios es el “Padre” que tiene todo el poder del cielo (Mateo 26:53; Juan 10:29), y utiliza ese poder para guardar, purificar, sostener, llamar, amar, conservar, proveer y glorificar (Juan 6:32; 8:54; 12:26; 14:21, 23; 15:1; 16:23).

El apóstol Pablo resume su propia teología, centrándose en nuestra necesidad de recibir un favor y una integridad inmerecidos. Así, abre la mayor parte de sus epístolas con esta declaración en forma de invocación: “Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (Romanos 1:7; véanse también 1 Corintios 1:3; 2 Corintios 1:2; Gálatas 1:3; etc.).

En la filosofía griega se describe a los seres divinos como “motores inmóviles”, “la causa de todo ser”, “el ser puro”, “el alma del mundo” y otras expresiones que indican una distante impersonalidad. Jesús permaneció firmemente dentro de la revelación del Antiguo Testamento y enseñó que Dios es personal. Aunque habló del Dios de Abraham, Isaac y Jacob (Marcos 12:26); del Señor (Mateo 11:25); del Señor de la mies (Mateo 9:38); del Dios único (Juan 5:44); del Altísimo (Lucas 6:35); del Rey (Mateo 5:35), su título favorito al hablar de Dios era el de “Padre”,¹ presentado en el Nuevo Testamento griego como *patér* (de donde se derivan palabras como “patriarca” y “paternal”). Encontramos una excepción a esto en Marcos 14:36, donde se retiene *abbá*, el término arameo original que era en realidad el que usaba Jesús para dirigirse a Dios.²

Pablo llama a Dios *abbá* en dos ocasiones: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡*Abbá*, Padre!” (gr. *ho patér*) (Gálatas 4:6). “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos; ¡*Abba*, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:15–16). Es decir que, en la Iglesia Primitiva, los creyentes judíos invocarían a Dios llamándolo *Abbá*, ¡Padre!³ y los creyentes gentiles clamarían a él llamándolo *Ho Patér*, “¡Oh, Padre!”. Al mismo tiempo, el Espíritu estaría revelándoles que Dios es verdaderamente nuestro Padre. Este término resulta único por el hecho de que Jesús le dio un calor y una ternura que no se suelen encontrar.⁴ No sólo caracterizaba bien su propia relación con Dios, sino también el tipo de relación que quería que llegaran a tener sus discípulos.

4.5 LA NATURALEZA DE DIOS

La humanidad no puede comprender totalmente al Dios Todopoderoso; sin embargo, Él se ha mostrado en diversos momentos y de diversas formas, para que lo conozcamos realmente. Dios es incomprensible, y la simple lógica humana es incapaz de demostrar su existencia misma. En lugar de ser algo difamatorio para sus atributos, esto constituye una declaración confesional sobre nuestros propios límites y la infinitud de Dios. Podemos construir nuestra comprensión acerca de Dios sobre dos presupuestos primordiales: (1) Dios existe, y (2) Dios se nos ha revelado de manera adecuada a nosotros por medio de su inspiración revelada.¹

No debemos explicar a Dios, sino creerlo y describirlo. Podemos construir nuestra doctrina sobre Dios a partir de los presupuestos anteriores y las evidencias que Él ha presentado en las Escrituras. Algunos pasajes bíblicos le atribuyen al ser de Dios unas cualidades que los humanos no tenemos, mientras que otros pasajes lo describen en función de atributos morales que pueden ser compartidos por los humanos en cierta medida limitada.

La naturaleza constitucional de Dios es identificada con mayor frecuencia por medio de esos atributos que no encuentran analogía en nuestra existencia humana. Dios existe en sí mismo y a partir de sí mismo, sin depender de nadie más. Él es en sí mismo la fuente de la vida, tanto en cuanto a crearla, como a sostenerla. Dios es espíritu; no se halla confinado a la existencia material, y es imperceptible para los ojos físicos. Su naturaleza no cambia, sino que permanece firme. Puesto que Dios mismo es el fundamento del tiempo, el tiempo no lo puede atar. Él es eterno; no tiene principio ni fin. Tiene dentro de sí una coherencia interna total. El espacio no lo puede limitar ni atar, de manera que es omnipresente, y puesto que es capaz de hacer absolutamente todo cuanto concuerde con su naturaleza y sea productivo para sus propósitos, es también omnipotente. Además de esto, Dios es omnisciente, conocedor de toda verdad: pasada, presente y futura, posible y real. En todos estos atributos, el creyente puede hallar consuelo y confirmación a su fe, mientras que al no creyente se le hace una fuerte advertencia y se le motiva hacia la fe.

Las evidencias bíblicas con respecto a los atributos morales de Dios exhiben características que también se pueden hallar en la humanidad, pero las nuestras palidecen ante la gloria de la brillante exhibición del Señor. De importancia cimera en este grupo son la santidad de Dios, su pureza absoluta y su exaltación por encima de todas las criaturas. Se

incluyen en esta perfección fundamental su justicia, que tiene por consecuencia el establecimiento de leyes, y su rectitud, que tiene por consecuencia la ejecución de sus leyes. El afecto que Dios tiene por sus hijos se manifiesta en la forma en que ese amor lo lleva al sacrificio. El amor de Dios es desprendido, espontáneo, justo y perdurable. Dios muestra también benevolencia al sentir y manifestar afecto por su creación en general. Muestra misericordia al dirigir su bondad hacia los que están en dolor y angustia, y al suspender un castigo merecido. Manifiesta también su gracia como una bondad dirigida a quienes son totalmente inmerecedores de ella.

Vemos la sabiduría de Dios en los propósitos divinos y en los planes que usa para alcanzar esos propósitos. El ejemplo primordial de la sabiduría de Dios, encarnada y en acción, se halla en la persona y la obra de Jesús. La sabiduría tiene otras expresiones, como la paciencia, por la que Dios retiene su justo juicio y su ira para que no se vuelquen sobre los pecadores rebeldes, y también en su veracidad, por la que permanece firme en su Palabra como precursor y fundamento de nuestra confianza en su Palabra y en su acción. Jesucristo, el Mesías de Dios, es la verdad encarnada. Por último, está la perfección moral de la fidelidad. Dios es absolutamente digno de confianza en cuanto a guardar sus pactos; digno de confianza en cuanto a perdonar. Él nunca falta a sus promesas, y nos abre continuamente el camino. Con frecuencia se utiliza la imagen de la roca para reflejar la firmeza y la protección del Señor.

4.6 LAS ACTIVIDADES DE DIOS

Otro aspecto más que requiere atención dentro de la doctrina de Dios, es el de sus actividades. Podemos dividirlo en dos grupos: sus decretos, y su providencia y conservación. Los decretos de Dios son su plan eterno, y tienen ciertas características: todos son parte de un solo plan, que es inmutable y perdurable ([Efesios 3:11](#); [Santiago 1:17](#)). No dependen para nada de otros seres, ni son condicionados por ellos ([Salmo 135:6](#)). Tienen que ver con las acciones de Dios, y no con su naturaleza ([Romanos 3:26](#)). Dentro de estos decretos se encuentran las acciones realizadas por Dios, de las que Él es soberanamente responsable, y también aquellas acciones permitidas por Dios, que suceden, pero por las cuales Él no es responsable.¹ A partir de esta distinción, podemos notar que Dios no es el autor del mal, aunque sea el creador de todos los que le son subordinados, ni tampoco es la causa inicial del pecado.

Dios también está sosteniendo activamente el mundo que Él creó. En su

conservación, obra para sostener sus leyes y poderes en la creación ([Hechos 17:25](#)). En su providencia, obra continuamente para controlar todas las cosas del universo con el propósito de llevar a cabo su sabio y amoroso plan de formas que correspondan con la actuación de sus criaturas libres ([Génesis 20:6](#); [50:20](#); [Job 1:12](#); [Romanos 1:24](#)).

El reconocimiento de esto para deleitarse en el Señor, meditando su Palabra día y noche, nos acarreará todas las bendiciones de Dios, porque entenderemos quién es Él y cómo podemos adorarlo y servirlo.

Los Salmos nos ayudan en la adoración. Muchos comienzan con el tradicional llamado hebreo a la adoración: ¡Aleluya!, que significa “Alabad al Señor” (véanse [Salmos 106](#); [111](#); [112](#); [113](#); [135](#); [146](#); [147](#); [148](#); [149](#); [150](#)). En nuestra experiencia moderna, este término sirve con frecuencia como una exultante declaración. Sin embargo, comenzó siendo una orden de adorar. Los Salmos que comienzan con este llamado a la adoración suelen proporcionar una información sobre *Yahwé* que centra la adoración en Él y revela aspectos de su grandeza que son dignos de alabanza.

El servicio que prestamos a Dios comienza con la oración en su nombre. Esto significa reconocer lo distinta que es su naturaleza, tal como ha sido revelada en la magnífica variedad de sus nombres, porque Él se nos ha revelado para que podamos glorificarlo y cumplir su voluntad.

4.7 PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Con qué obstáculos nos tropezamos cuando les expresamos nuestra creencia en la existencia de Dios a quienes no comparten nuestra visión de la vida, y de qué formas podemos superar esos obstáculos?
2. ¿Cómo se nos revela Dios para que podamos conocerlo?
3. ¿Cómo afecta nuestra experiencia presente sobre el tiempo la comprensión que podemos tener sobre la eternidad de Dios?
4. ¿Cómo se compara la sabiduría de Dios con el concepto humano popular de la sabiduría adquirida?
5. ¿Qué papel desempeña el sacrificio en el amor que Dios ha manifestado?
6. ¿De qué formas concretas ha experimentado usted la gracia y la misericordia del Señor?

7. ¿De qué maneras nos ayuda la santidad de Dios, tal como la presentan las Escrituras, a evitar el legalismo que algunas veces obstaculiza algunas expresiones humanas de santidad?
8. ¿Qué nos dicen los nombres de Dios acerca de su personalidad y sus propósitos?
9. ¿De qué formas ha recibido el tema de Dios como nuestro Padre, que se halla ya en el Antiguo Testamento, una revelación más amplia en el Nuevo?
10. ¿Cuál es la relación entre la presciencia de Dios, la predestinación y la soberanía divina?

¹ Los filósofos han tratado de hacerlo. Para una breve introducción a las llamadas pruebas racionales (ontológica, cosmológica, teleológica, moral y etnológica) a favor de la existencia de Dios, véase L. Berkhof, *Systematic Theology*, 4ª edición (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1941), pp. 26–28. Algunos consideran que, más que pruebas, son indicaciones.

² Esta teoría se expresa con numerosas variantes y se ha convertido en parte de las filosofías y teologías antisobrenaturales de Wellhausen, Freud y Nietzsche, así como las de los nazis y de los comunistas.

¹ Véase Don Richardson, *Eternity in Their Hearts* (Ventura, Calif.: Regal Books, 1961), pp. 52–55.

² Cf. [Romanos 1:21–23](#), [25](#). Los documentos egipcios confirman esto. Véase Erik Hornung, *Conceptions of God in Ancient Egypt*, traducción al inglés de John Baines (Ithaca, N.Y.: Cornell University Press, 1982), pp. 98, 99, 171. Cuando los arios llegaron a la India, ya eran politeístas, pero sólo adoraban a unos cuantos dioses. Hoy día se adoran muchos dioses en la India, y hay también más animismo.

³ Véase el capítulo [3](#).

⁴ Véase el capítulo [5](#), sobre la Trinidad.

⁵ La palabra “uno” traduce el hebreo *ejad*, que puede tener el sentido de una unidad compuesta o compleja.

¹ Véase el estudio sobre *Yahwé*.

¹ [Juan 1:18](#), “exegúesato”. Puesto que nadie ha visto al Padre, ni lo puede comprender totalmente, el *Lógos* lo da a conocer; lo “exegeta” para nosotros, explicándolo con palabras y obras. Véase el capítulo [9](#).

¹ [Deuteronomio 33:27](#), “el eterno Dios”; [Salmo 102:12](#), “permanecerás para siempre”; v. [27](#), “tus

años no se acabarán”.

1 En gr. *rafís*, *rafídos*. [Lucas 18:25](#) usa *belonés*, forma de un término que se suele usar para designar la aguja del cirujano.

1 Característica clasificada con frecuencia como inmutabilidad; véanse [Salmos 33:11](#); [102:27](#); [Santiago 1:17](#).

1 Las palabras “de tal manera” traducen correctamente esta idea, contenida en el adverbio griego *hútos*, utilizado por Juan para dar la idea de “manera”, “tipo” o “forma”; [Juan 3:8](#); [21:1](#); [1 Juan 4:11](#).

1 *Tsedeq*, R. Laird Harris, Gleason L. Archer, Jr. y Bruce K. Waltke, editores. *Theological Wordbook of the Old Testament*, volumen 2 (Chicago: Moody Press, 1980), pp. 752–755.

1 Millard J. Erickson, *Christian Theology* (Grand Rapids: Baker Book House, 1985), pp. 288–298.

2 Por ejemplo, Elías significa “Yahwé es mi Dios”. Poner un nombre también podía ser la forma en que el padre expresaba su gran emoción. Raquel, en los momentos finales de su vida, le puso a su último hijo el nombre de Benoní: “Hijo de mi tribulación”; Jacob le cambió al niño ese nombre por el de Benjamín: “Hijo de mi mano derecha”; esto es, “Hijo de bendición” ([Génesis 35:18](#)).

1 Geoffrey W. Bromiley, editor, *International Standard Bible Encyclopedia*, vol. 1 (Grand Rapids, Wm.B. Eerdmans, 1979), pp. 41–43.

2 Los judíos y la mayoría de los teólogos liberales la entienden como un “plural intensivo” o “plural mayestático”; sin embargo, desde el punto de vista gramatical, no hay una base real para esto. El plural podría estar reflejando la Trinidad. Véase el capítulo 5.

3 Eissfeldt, Otto, traducción al idioma inglés de H. H. Rowley y P. R. Weiss, “El and Yahweh”, *Journal of Semitic Studies* 1:25–37; enero de 1956. Harris, *Theological Wordbook*, vol. 1, pp. 44–45.

1 Cuarenta y uno de los cincuenta y cinco versículos que contienen este término en el Antiguo Testamento se encuentran en el libro de Job.

2 *Shaddai* procede de una palabra antigua que significa “montaña”. El Nuevo Testamento la traduce como *pantokrátor*: “Todopoderoso, omnipotente”.

3 *Elyón* es un adjetivo superlativo construido a partir de un verbo que significa “subir”, con lo que da la idea del “más alto de todos”, el “altísimo”, el “exaltado”.

1 *Seraf* significa “ardiente” o “lleno de fuego” y sugiere que estas criaturas vivientes celestiales, o ardían literalmente, o eran purificadas por el fuego de Dios, o reflejaban de tal forma la gloria de Dios que parecían estar ardiendo. La colocación de sus alas sugiere lo que experimentan sobre Dios: les cubren el rostro en reverencia hacia Él, les cubren los pies como gesto de modestia en su presencia, y vuelan, como expresión de la seguridad real y sobrenatural con que Dios realiza sus propósitos. La triple repetición de la palabra “santo” significa que es

supremamente santo.

2 Números basados en una investigación del texto hecha por ordenador con el programa *MacBible 2.4 Hebrew Module*, de Zondervan Corp., 1991.

3 O *hawá* o *hayá*. Para un estudio completo de la etimología y la historia de su interpretación, véase Harris, *Theological Wordbook*, vol. 1, pp. 210–214.

4 En [Éxodo 3:12](#), Dios dice: “Yo estaré contigo” (hebreo *ehyé imaj*). Vemos así que el nombre divino no comprende solamente el hecho de ser, sino también la existencia de un propósito y una acción.

5 En los tiempos del Antiguo Testamento, el alfabeto hebreo contenía veintidós consonantes, sin ninguna vocal. Por tanto, el texto original decía *YHWH*, que probablemente se pronunciara “Yahwé”, aunque los judíos lo pronunciarían *Yahú* más tarde en Egipto.

1 Los numerosos versículos que llaman nuestra atención hacia el “nombre” se centran menos en el señorío de Dios y más en su fiel presencia y su existencia absoluta ([Deuteronomio 28:58](#), [Salmo 83:18](#); [Isaías 42:8](#)).

2 Los traductores de la Septuaginta no tuvieron en cuenta esta reverencia, puesto que adoptaron la lectura marginal y reemplazaron el tetragrámaton con la palabra griega *kyrios*, que básicamente equivale a la palabra *adonai*, puesto que significa “amo”, “dueño”, “señor”.

1 Transliterada en algunas traducciones como “Sabaoth”.

1 Algunas traducciones modernas lo presentan como “Jehová-jireh”.

1 La forma *Jehová rafá* no se halla en la Biblia. *Rafá* significa “Él sanó”, o “Él solía sanar”. *Rofeka* combina *rofé*, un participio que se traduce como “médico” en [Jeremías 8:22](#), y *ka*, pronombre posesivo “tuyo”, o “tú”. *Ka* es singular, lo cual pone de relieve que Dios es el médico de cada uno de nosotros, individualmente.

2 Harris, *Theological Wordbook*, vol. 2, p. 583.

3 *Ibíd.*, p. 931.

1 Véase el capítulo 9.

1 Sesenta y cinco veces en los sinópticos; más de cien en el Evangelio según San Juan.

2 De cuando en cuando, los manuscritos griegos seguían usando las palabras hebreas o arameas antiguas, con el fin de probar algo o de retener el sabor original de la lección o la figura de dicción. En hebreo, se invocaba a Dios llamándole *Ha'av*, y en el arameo usado por los judíos en los tiempos del Nuevo Testamento, *Abbá*. Ambas palabras significaban “El Padre”, o bien “¡Oh, Padre”, siendo ambas términos llenos de gran respeto.

3 Más tarde, los judíos harían de *Abbá* un término informal: “Un infante no puede decir *abbá*”

(papá) ni *immá* (mamá) hasta que haya probado el trigo [esto es, hasta que haya sido destetado]”, Talmud Sanedrín, 8:70B: VII:G. En cambio, en los tiempos del Nuevo Testamento era un término respetuoso. Véase *The New Testament, The Complete Biblical Library*, vol. 11. *Greek English Dictionary Alpha-Gamma* (Springfield, Mo.: The Complete Biblical Library, 1990), pp. 20–21.

⁴ Marvin R. Wilson, *Our Father Abraham: The Jewish Roots of the Christian Faith* (Grand Rapids: Wm. B. Eerdmans, 1989), pp. 56–57.

¹ Tanto las Escrituras (¹ [Tesalonicenses 2:13](#); [Hebreos 4:12](#)), como el Mesías ([Juan 1:1](#); [1 Juan 1:1](#)).

¹ Para el estudio del tema de la elección desde el punto de vista calvinista y el arminiano, véanse los capítulos [1](#) y [10](#).